

El Taller del Predicador

Lectura y escritura en el sermón barroco

1. Una vez en el púlpito

Una vez en el púlpito, ante los feligreses, la predicación representa una auténtica *performance*. Un acto sustancialmente oral con muchos elementos teatrales orientados a la movilización piadosa del auditorio. Enseñar, deleitar y mover eran los tres pilares que sustentaban la arquitectura del sermón barroco. Éste, en efecto, estaba pensado para instruir deleitando y con la suficiente capacidad persuasiva como para que los oyentes sintieran en carne propia los consejos, advertencias y recomendaciones expuestas por el predicador.

El origen del sermón está ligado a la difusión del cristianismo, pero las circunstancias de los siglos XVI y XVII dieron lugar a una etapa hartamente importante en el desarrollo de la oratoria sagrada, en particular durante el tiempo transcurrido entre 1535 y 1635. Las polémicas religiosas hicieron del sermón un instrumento efectivo para el adoctrinamiento de las almas¹. Ciertamente es que no todos ellos se deben medir por el mismo rasero, como tampoco la calidad y el oficio de los predicadores. Muchos de éstos, sobre todo en el mundo rural, estaban lejos de acreditar las aptitudes y cualidades atribuidas al *misionero perfecto*. Los había, en fin, que no iban más allá de una actividad sermonaria circunscrita a la lectura apostillada del Evangelio. Por ello también que el concilio de Trento se tomara en serio dichas carencias y promoviera la publicación de tratados pensados para instruirlos. De hecho, la predicación fue uno de los argumentos debatidos en las primeras sesiones conciliares e igualmente en sucesivas ocasiones, resultando así una doctrina orientada a poner de relieve los nuevos usos de la predicación y la formación de sus responsables. En dicho contexto, Terrones del Caño justificaba

¹ Thomas WORCESTER, S. J., *Catholic sermons* y Beth KREITZER, *The luteran sermon*, in *Preacher and people in the reformation and early modern period* (Larissa Taylor, ed.), Leiden-Boston-Köln, 2001, 3-33 y 35-63.

la publicación de su *Instrucción de predicadores* (1617) por la necesidad de poner coto a la abundancia de los malos y ensoberbecidos, «de los de cantar mal y porfiar», tan aficionados a censurar los sermones ajenos como a mostrarse «pagados de los suyos»². De todos modos, conviene ser cautos al sopesar la influencia real de estas obras en la instrucción del clero secular, especialmente de aquel que se desenvolvía en el mundo rural³

En ese orden teórico, el sermón se convierte en una herramienta decisiva de la tarea evangelizadora desarrollada por la Iglesia en las misiones interiores y en los territorios coloniales. A la hora de pronunciarlo, el predicador se valía tanto del saber acumulado como de otros recursos destinados a captar la atención del público y a despertar su conciencia. Tenía mucho de juego teatral, aunque, conforme prescribía la retórica sagrada, el comportamiento del predicador nunca debía incurrir en el histrionismo de los comediantes. Los paralelismos, no obstante, eran claros en el valor dado a la palabra y a los gestos, pues la predicación apelaba fundamentalmente al oído y a la vista como vías sensoriales del conocimiento⁴. Se insiste así en la constante interacción entre el predicador y el público, propiciada por el recurso a diálogos fingidos o preguntando directamente a los oyentes. Estas cualidades del discurso se combinaban con la atención prestada a la escenografía del acontecimiento. El padre Jerónimo López refiere que durante los Oficios de la Semana de Pasión, la Iglesia acostumbraba a levantar en alto, mostrándolos a los ojos del pueblo cristiano, «los estandarte de nuestra redención y en ellos representados los instrumentos e insignias visibles de la Pasión del Salvador»⁵. Por su parte, el canónigo de la catedral de Granada Gonzalo Sánchez Lucero empleaba los monumentos y recuerdos fúnebres existentes en el templo para hablar de lo efímero de la vida y de lo necesario que era asegurarse la salvación y prevenirla con buenas obras⁶. Y por citar uno más, conocidos eran los efectos empleados por el jesuita Martín de la Naja, quien, según su biógrafo, los usó asiduamente

² Francisco TERRONES DEL CAÑO, *Instrucción de predicadores*, en ID., *Obras completas* (Francisco Javier Fuentes Fernández, ed.), León, 2001, 138.

³ Manuel MORÁN & José Andrés GALLEGO, *El predicador*, in *El hombre barroco* [1991] (Rosario Villari, ed.), Madrid, 1992, 178.

⁴ Fernando R. DE LA FLOR, *La oratoria sagrada del Siglo de Oro y el dominio corporal*, in *Culturas en la Edad de Oro* (José María Díez Borque, dir.), Madrid, 1995, 123-147; y Giuseppina LEDDA, *La parola e l'immagine. Strategia della persuasione religiosa nella Spagna secentesca*, Pisa, 2003.

⁵ Martín de la NAJA, *El misionero perfecto. Deducido de la vida, virtudes, predicación y misiones del venerable y apostólico predicador, Padre Gerónimo López, de la Compañía de Jesús*, Zaragoza, Pascual Bueno, 1678, 567.

⁶ Miguel Ángel NÚÑEZ BELTRÁN, *La oratoria sagrada en la época del Barroco. Doctrina, cultura y actitud ante la vida desde los sermones sevillanos del siglo XVII*, Sevilla, 2000, 47.

pero siempre con moderación, prudencia y decencia. Si se trataba de despertar en el auditorio contrición y arrepentimiento, qué mejor que valerse de la imagen de Cristo crucificado para motivar esa reacción al ver el destino que tuvo Jesús por causa de los pecados humanos. Que se quería atajar abusos y escándalos públicos, pues nada más acorde que adoctrinar a los parroquianos mostrándoles una calavera⁷. Los *espectáculos*, ora piadosos, ora trágicos y temerosos, com o decía Jerónimo López, cumplían un cometido importante, no sólo para «despertar moción en el auditorio, sino también para mantenerlo y conservarlo copioso quando los sermones duran muchos días, como sucede en los de Cuaresma y de Misión de pueblos populosos»⁸.

Formas, a la postre, de una predicación que apelaba a los ojos⁹, complementaria de esa otra dirigida a los oídos por medio de las palabras. Éstas, de acuerdo a la retórica sagrada, habían de ser claras, elegantes, graves y adecuadas, preferiblemente en castellano¹⁰. San Francisco de Borja decía que «las frases, lenguaje y palabras» no podían ser «afectadas ni pulidas, porque a maravilla secan el espíritu al que dice y al que oye»; pero sin caer tampoco en el uso de «palabras groseras y desusadas», y, por supuesto, mirando por la castidad de lo dicho para «que no se dé ocasión de bajos pensamientos a ninguno»¹¹. Por su parte, Diego de Estella fue muy concreto al recomendar la mayor naturalidad posible, sintiendo en todo momento lo que se dice y procurando que los diferentes tonos de la pronunciación se acoplen a la estructura y secuencia del sermón con el fin de distinguir cuando se está narrando un suceso y cuando enseñando o explicando alguna cuestión¹². En tal sentido, fray Agustín Salucio recomendaba que no se regañara al público, que la pronunciación no fuera afeminada y que el lenguaje fuera accesible: «que no han de ser otras [palabras] sino aquellas de que comúnmente en las pláticas y conversaciones usamos»¹³. Para hacerlo así debían

⁷ Martín de la NAJA, *El misionero perfecto*, 567 y 571.

⁸ Martín de la NAJA, *El misionero perfecto*, 563.

⁹ Giuseppina LEDDA, *Predicar a los ojos*, in *Edad de Oro*, VIII (1989), 129-142.

¹⁰ Félix HERRERO SALGADO, *La oratoria sagrada en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1996, 201-206.

¹¹ San Francisco de BORJA, *Tratado breve del modo de predicar el Santo Evangelio*, in *Tratados espirituales* (Cándido de Dalmases, S. I., ed.), Barcelona, 1964, 449. Más adelante insiste con nuevas propuestas: «No use de encarecimientos e hiperboles y exclusivas, ni de comparaciones odiosas de mayorías de unos santos sobre otros, ni si hay otras mayores virtudes u obras que las que él alaba en aquel sermón», 457.

¹² Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar y «modus concionandi»* (Pío Sagúés Azcona, O. F. M., ed.), II, Madrid, 1951, 152-156.

¹³ Fray Agustín SALUCIO (O. P.), *Avisos para los predicadores del Santo Evangelio* (Álvaro Huerga O. P., ed.), Barcelona, 1959, 196-197.

adecuarse al público que les escuchaba y a las circunstancias concretas del tiempo y lugar en que acontecían los sermones; pues, en todo momento, se debía tener claro que predicar no era lo mismo que, por ejemplo, dictar la lección de una oposición. Diego de Estella lo expuso claramente en su *Modo de predicar*:

También ha de tener en cuenta el predicador con la cualidad del auditorio. Y así diga las materias que viere convenir más al pueblo donde predicare, según los vicios que más reinan en él.

Si predica en algún lugar donde la peste o hambre u otro algún trabajo, anímelos a confianza que deben tener en Dios, y a enmienda de sus vidas, trayendo ejemplos de la Escritura.

Si predica en tiempo próspero y de alegrías, enséñeles que estas cosas se han de acabar, pues no hay nada estable en esta vida, y que a las prosperidades suceden las tribulaciones, que tengan templanza y alaben a Dios¹⁴.

A la moderación del habla se sumaba la de los gestos, objeto también de atención minuciosa en la retórica sagrada. El mismo fray Agustín Salucio aconsejaba que el predicador no se quitara la capilla durante el sermón, pues era una «desautoridad no pequeña», de igual modo que no debía limpiarse el sudor del rostro con el canto de la capa por ser esto de «importuna grosería y mucho más asquerosa que sonarse con ella»¹⁵. El hábito, los gestos, los movimientos, las miradas, la colocación de las manos sobre el púlpito, cuidando que no sobresalieran de éste y que no se descubrieran más allá del codo¹⁶, todo estaba minuciosamente reglamentado desde antes de subir a él. Todavía en la sacristía, el predicador tenía que recogerse «de rodillas en oración», una vez en el altar debía pedir la bendición de Dios en voz baja e instantes antes de comenzar el sermón debía toser, escupir y sonarse las narices para no incurrir en la indecencia de hacerlo durante la predicación. Ya en el púlpito debía procurar no mirar a las mujeres y que «el bonete, ojos, manos y todo lo demás prediquen santidad, honestidad y humildad christiana»¹⁷. Había de vigilar el modo de santiguarse y persignarse, y saludar a las autoridades eclesiásticas y civiles que asistieran, amén de cuidar «el gesto o meneo de todo el cuerpo» procurando que fuera templado y nunca exagerado:

¹⁴ Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 120.

¹⁵ Fray Agustín SALUCIO (O. P.), *Avisos para los predicadores del Santo Evangelio*, 184-185.

¹⁶ Fray Agustín SALUCIO (O. P.), *Avisos para los predicadores del Santo Evangelio*, 186.

¹⁷ Juan Bautista ESCARDÓ, *Rhetórica Christiana o Idea de los que desean predicar con espíritu y fruto de las almas*, Mallorca, Herederos de Gabriel Guasp, 1647.

No menea el cuerpo, como hay muchos que cuelgan y meten todo el cuerpo en el púlpito, y hacen grandes visajes y gestos que hacen huir a quien los mira. Las manos y los brazos ha de menear, y podrá volverse a una parte y a otra del auditorio, y al Sacramento cuando habla con Dios. Así debe procurar tener gravedad, religión y autoridad necesaria a un oficio de tanto peso¹⁸.

Diego de Estella apuntaba también que dichos «meneos» debían acoplarse «a lo que está diciendo, pues la voz ha de ir con la representación». Al decir de fray Agustín de Jesús María se trataba de alcanzar siempre un «decente gobierno de la voz» y un «decente gobierno de las acciones del cuerpo»¹⁹, donde quedaran establecidos los límites de la *performance* verbo-gestual. Lo que no es óbice para que determinados predicadores se excedieran en sus movimientos y gesticulaciones, como hicieron notar algunos de los viajeros que recorrieron Castilla en aquellos tiempos. Uno entre tantos, el francés Barthélemy Joly, consejero y limosnero real, quien viajó por España durante 1603 y 1604 acompañando al abad general del Cister en su visita a los monasterios españoles de la orden, escribió que los frailes mendicantes que encontró en Valladolid eran vehementes y alborotadores hasta el exceso: «Por eso es por lo que dos cosas me turbaban en los sermones de España: esa vehemencia extremada, casi turbulenta, del predicador, y los suspiros continuos de las mujeres tan grandes y vehementes que perturbaban toda la atención»²⁰. No parece que fuera esta una impresión exclusivamente suya, pues el portugués Tomé Pinheiro da Veiga, autor de *Fastignia ou fastos geniais*, residente en Valladolid mientras la Corte estuvo allí, también dio cuenta de los comportamientos observados en el quehacer de algunos predicadores durante la cuaresma de 1605. Además de apuntar la distancia que, según él, mediaba entre los predicadores portugueses y los castellanos, así como la infinitud de los sermones cuaresmales, no perdió detalle al referir algunas de las farsas en las que incurrían ciertos clérigos que más bien parecían comediantes:

Ocurren en estas ocasiones farsas solemnes, y me contaron que estos años atrás, predicando un franciscano viejo, sacó una cruz y una calavera, y

¹⁸ Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 161.

¹⁹ Fray Agustín de JESÚS MARÍA, *Arte de orar evangélicamente*, Cuenca, Salvador de Viader, 1648, fol. 65.

²⁰ *Castilla y León según la visión de los viajeros extranjeros. Siglos XV-XIX* (Agustín García Simón, ed.), Valladolid, 1999, 294.

viendo que una pobre moza se enternecía, y que un rufián estaba torciendo los bigotes y amenazándola, comenzó a gritar: «Puto ladrón, quítate delante; dejadme dar con el infante en el infierno, *qui ponit obicem Spiritui Sancto*». Y tomó la calavera, y se la tiró, con la cruz, a la cabeza; y con este chiste acabó el sermón. Otro, viendo una vieja que tiraba del manto a otra, tomó tanta rabia que, quitándose el bonete, se le arrojó, gritando: «Putá vieja, rafda, quítate delante, si no juro a Dios, cara de mona, que te tire el pellejo»; e hizo tanta fuerza que cayó del púlpito, y la agarró de las greñas, que aún está gimiendo por ellas²¹.

2. Escribir el sermón

Aunque el sermón fuera un acontecimiento primordialmente oral, confiado a la capacidad comunicativa del predicador, en la fábrica del mismo la escritura y la lectura desempeñaban una función importante. Los sermones reflejan «una tupida red de intertextualidad» que se manifiesta en las referencias de autoridades que lo salpican. Su misma génesis configura un *modus scribendi* y un *modus legendi* cuyas reglas y prácticas se aprendían en las facultades de teología, de suerte tal que el sermón devenía el resultado de una «escritura codificada y estereotipada»²². No se trataba tanto de ser original ni en la forma ni en el fondo, cuanto en la *dispositio*, esto es, en la renovada combinación de una serie de elementos conocidos de antemano. En eso el sermón, como veremos más adelante, era el exponente de una práctica de lectura estrechamente asociada a la escritura.

Si bien en materia de predicadores podemos encontrar desde quienes eran partidarios de ordenar el material, hasta quienes aprovecharon al máximo cada momento de inspiración para esbozos escritos a veces casi ilegibles; lo común es que la práctica del sermón partiera de un texto previamente escrito, ya fuera completo o bien por medio de un guión *in extenso*, a menudo esbozado horas antes de pronunciarlo. Así el jesuita José de Errada terminó uno de los suyos «a las onze de la noche, aviéndose de predicar el día siguiente a las 3 de la tarde»²³. Puede decirse que escribir y especialmente esquematizar fue el ejercicio más aconsejado para aprender bien la técnica del sermón, dado que tan mal visto estaba

²¹ Castilla y León según la visión de los viajeros extranjeros, 298-299.

²² Jean CROIZAT-VIALLET, *Cómo se escribían los sermones en el Siglo de Oro. Apuntamientos en algunas homilías de la Circuncisión de Nuestro Señor*, in *Criticón*, 84-85 (2002), 102-106.

²³ Joseph de ERRADA CAPETILLO, *Sermón en fiesta de mi santo patriarca San Joseph, y missa nueva del licenciado Jacintho de Frías en el Collegio de Zacatecas. Año de 1672*. Archivo General de la Nación, México, Inquisición, vol. 617, exp. 3, fol. 409r.

que se leyera en público como que se recitara enteramente de memoria. Como han señalado Morán y Gallego, «la práctica común insistía, por tanto, en memorizar el esquema -estructura formal, ejemplos, ideas- y en esforzarse en dominar un lenguaje aproximado, dejando lo demás a la improvisación»²⁴. Es frecuente, por ello, que los sermones se dividan internamente en párrafos cortos y reconocibles en la escritura, ya sea por la introducción de líneas blancas para distinguir cada uno de los puntos que lo estructuran, ya sea por la numeración lateral de los párrafos o incluso por las menciones de autoridad efectuadas igualmente en los márgenes²⁵.

Las *Consideraciones sobre todos los Evangelios de los domingos y ferias de la Cuaresma* (Salamanca, Juan y Andrés Renaut, 1597), de fray Hernando de Santiago, propone un texto organizado en tres partes: la sentencia inicial, seguida del Evangelio correspondiente a cada festividad; la explicación del mismo, en un cuerpo de letra visiblemente menor; y por último, las consideraciones explicativas y las anotaciones marginales de autoridad. El autor, como el mismo confiesa en el prólogo, lleva al papel la práctica seguida en su práctica sermonaria:

un breve paráfrasis con que declaro los Evangelios en la misma forma que lo hago en el púlpito (porque he pretendido que se parezcan lo más que sea posible, pluma y lengua) y van aunque con brevedad vencidas las más de las dificultades que se ofrecen en la letra dellos, siguiendo el camino más acompañado de los sanctos Doctores (trabajo que pienso que se ha de estimar en algo).²⁶

Se trata, por lo demás, de un *modus scribendi* sobre el que Terrones del Caño ofrece algunos pasajes muy significativos. Este predicador argumenta que ordenar y esquematizar el discurso era casi imprescindible para la correcta memorización: «Ayuda mucho a la memoria el escreuir el sermón por su orden, y mucho más por sus pulgares». Y no sólo eso, sino que para memorizar incluso resultaba desaconsejado no escribirlo antes o hacerlo en cifra. Lo más adecuado era redactarlo de propia mano de acuerdo a una disposición y a un esquema donde los apuntes marginales cobraban especial sentido:

²⁴ Manuel MORÁN & José Andrés GALLEGO, *El predicador*, 188.

²⁵ Al respecto véanse, por ejemplo, los testimonios recogidos en el manuscrito *Sermones y pláticas para misiones parroquiales*, nº. 5820 de la Biblioteca Nacional de Madrid; entre ellos el *Sermón contra el vicio de hurtar* (fols. 150-156) y el *Sermón de la perseverancia y del número de los pecados* (fols. 173-177).

²⁶ Fray Hernando de SANTIAGO, *Consideraciones sobre todos los Evangelios de los domingos y ferias de la Cuaresma*, Salamanca, Juan y Andrés Renaut, 1597. Más accesible en la edición de Quintín Pérez, S. J., Santander, Salterrae, 1929.

poner en las márgenes alguna señal: como cifras de lo que va escrito en frente dellas, como echar vnas rayas por debaxo de los latines; a cada principio de consideración ponelle su señal: alguna vez, los nombres de los autores que se citan, el nombre del animal o cosa de quien se trae comparación.

A se de escribir diuidido por párrafos, quando mucho, de 15 ó 20 renglones.

En términos más concretos, expone que él había encontrado más provechoso para su memoria «escreuir en planas grandes de medio pliego y no en quartilla, porque vienen a ser pocas las hojas escritas, y la memoria, al decorar y al repasar y al dezirlo, claro está que va boluiendo entre sí sus planas y sus hojas, y si son pocas, no se confunde, como lo haze mi memoria si son muchas»²⁷. La escritura, en suma, estaba pensada para facilitar la memorización del sermón, de suerte que el texto debía hacer uso de claves mnemotécnicas y de una estructuración bien clara, siempre en los justos términos según da a entender, entre otras, la siguiente cita de San Francisco de Borja:

Algunos se aprovechan de la memoria local y artificiosa, que han enseñado los oradores; otros he visto que con ella se atan y confunden más. También esto puede tener su punto en el medio, que es señalar por la margen de lo que se escribe en seis u ocho lugares principales del sermón, con unas cruces o letras o números; y con acordarse de estas pocas señales se podrá fiar de la memoria en lo demás; y si se olvidase o se perdiese en el sermón, es fácil con recurrir a sus letras o números²⁸.

Diego de Estella, por ejemplo, aconsejaba que el sermón estuviera precedido de una elegante introducción aparte de señalar que el predicador debía ser «como el buen artífice que, labrando una casa, procura de tener buenos materiales, poniéndolos con cuidado y teniendo buen orden en el edificio»²⁹. Terrones del Caño se refería al exordio, narración y confirmación o epílogo como las partes constitutivas de un buen sermón. La primera servía para precisar las circunstancias y asuntos a tratar; la segunda para desarrollar el tema central y los secundarios, y la tercera para recapitular las ideas y conclusiones principales³⁰. A su vez, fray

²⁷ Francisco TERRONES DEL CAÑO, *Instrucción de predicadores*, 276. A pesar de esta recomendación muchos de los sermones se redactaron en cuartillas.

²⁸ San Francisco de BORJA, *Tratado breve del modo de predicar el Santo Evangelio*, 449-450.

²⁹ Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 133-134 y 152.

³⁰ Francisco TERRONES DEL CAÑO, *Instrucción de predicadores*, 223-227.

Agustín de Jesús María apunta que el sermón debía ajustarse a las cinco partes de la retórica sagrada: exordio, narración, división, confirmación y epílogo; procurando que las tres primeras fueran breves y que la confirmación se dividiera en tres o cuatro discursos, cada uno de ellos referido a dos o tres conceptos de las Escrituras. Observa, además, que dichas divisiones no se debían explicitar al pronunciar el sermón, sino que habían de tenerlas registradas en la memoria y apuntadas en el margen:

De suerte que a la margen, cuando empiece el exordio, ponga *primera parte*; cuando la narración, *segunda parte*; cuando la división, *tercera parte*; cuando la confirmación, *cuarta parte*. Luego esta cuarta la note a la margen con *primero, segundo, tercero discurso*, con letras menores. Luego cada discurso también le note con letras más pequeñas, 1, 2, 3 *concepto*. Y en el cuerpo del sermón siempre ponga, en párrafos distintos, las partes, los discursos y los conceptos de todo él; pero en el párrafo que acababa una parte o un discurso o un concepto, ponga las primeras palabras con que empiece el que sigue. Y después de estudiado el sermón, saque en una cuartilla de papel un membrete en que sólo ponga estos números de la margen que emos dicho a de tener el sermón, con los remates y principios de todos los siguientes, para que así con más facilidad y presteza pueda recorrer todo el sermón por aquellos puntos en los cuales casi juntamente se le representará todo lo que tiene más dilatadamente escrito en el papel³¹.

Entrando en la «decoración» del sermón, esto es, en el aderezo del mismo, Terrones recomienda también que previamente se lea todo entero muy despacio, lo que solía durar más de hora y media; y que luego, en una cuartilla, se anotasen los «latines más largos, porque se puedan leer más veces de por sí, pues tienen más dificultad de aprenderse». A continuación debía leerse la introducción, por párrafos, extrayendo de forma abreviada, «casi en cifra», los puntos de la misma en un papel aparte. Idéntico procedimiento aconseja para el resto de consideraciones, «decorándolas y cifrándolas» una por una. Tal es el método seguido por este predicador, suficiente para poder recordar el esquema de los contenidos a desarrollar durante la predicación del sermón:

Esto es lo que a mí me basta para que luego al punto lo repase, como recogido todo en la memoria. Bueluo a ver por la cifra si se me olvida

³¹ Fray Agustín de JESÚS MARÍA, *Arte de orar evangélicamente*, fol. 69.

algo, y hago reflexión para encajarlo en su lugar en la memoria. Con esto lo dexo olvidar hasta la madrugada antes de predicarlo, que entonces lo digo con sola la imaginación muy distinto y despacio, y allí se perfeccionan y conciertan mejor las palabras y las razones y se afina el acomodarlas al auditorio³².

Dichos consejos iban encaminados a un ejercicio de escritura basado en el orden y estructura de la composición. Según Diego de Estella, de la misma manera que una mesa revuelta de manjares no induce a comerlos por más que sean buenos y suculentos, un sermón mal pergeñado y deslavazado tampoco era el mejor estímulo para atraer el interés de los oyentes, por cuanto «lo que ha de enseñar ha de estar al principio de cada punto»³³.

3. Leer para predicar

Esa decoración de la que hablaba Terrones del Caño debía partir de las lecturas propias antes que de haber oído a otros predicadores. Asunto este que nos lleva a uno de los apartados esenciales en la fabricación de los sermones: el papel desempeñado por la lectura. Basta con repasarlos para constatar la incorporación precisa o laxa de numerosas citas y menciones librescas, principalmente bíblicas, como hilo conductor del discurso³⁴. De ahí que, junto a la predisposición natural y a la gracia adivina, la tercera de las virtudes que debía atesorar el buen predicador fuera precisamente la del estudio. Sólo mediante una constante y meditada lectura se podía masticar la doctrina para facilitar su transmisión a los fieles. El padre Francisco de Lira hablaba por tal motivo de los predicadores como los «dientes del cuerpo místico de la Iglesia», quienes tenían la misión de «disponer el sustento para que se aproveche y morder para la defensa natural». Aclara que tales requisitos pertenecen a cuanto ejercitan el divino oficio de la predicación, «no sólo sazonzando el sustento de la divina Doctrina, para que todo lo reciban, sino también lastimando hasta sacar sangre contra los vicios y pecados»³⁵.

³² Francisco TERRONES DEL CAÑO, *Instrucción de predicadores*, 277.

³³ Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 104.

³⁴ Félix HERRERO SALGADO, *Las citas en los sermones del Siglo de Oro*, in *Criticón*, 84-85 (2002), 63-79.

³⁵ *Sermón del glorioso Arcángel S. Miguel y de los Ángeles, en la Definición o Capítulo intermedio, que esta Provincia de Sevilla de la Orden de los Mínimos celebró en el Colegio de nuestro Padre San Francisco de Paula (...) Predicólo el Padre (...) por Francisco de Lyra*. Sevilla, 1629, Dedicatoria. Miguel Ángel NÚÑEZ BELTRÁN, *La oratoria sagrada en la época del Barroco*, 39.

Para alcanzar esos objetivos el predicador debía asumir que su misión era triple: enseñar, deleitar y mover. Enseñar siendo consciente del nivel cultural del público. Deleitar para impedir que la audiencia terminara aburriéndose y no prestara atención. Y mover para que el sermón surtiera efecto y exhortara a la virtud y a la reforma espiritual del alma. Respecto a las tres cualidades antes apuntadas, Diego de Estella las expuso con notable claridad:

Tres cosas ha de tener el predicador, que son: enseñar, deleitar y mover.

Debe, pues, el predicador que quiere aprovechar, enseñar al pueblo lo que debe hacer para salvarse. Y así predique doctrina sana, sólida y verdadera.

Acerca del deleitar no se ha de guardar aquella regla de los retóricos, que enseñan a decir algunas gracias para deleitar a los oyentes; porque el púlpito es lugar de gravedad magestad y no de chocarrerías y donaires.

Y así lo que podrá hacer para deleitar es, como Dios quiere, llevar buen orden y lindas comparaciones y autoridades de Escritura y puntos dichos por estilo agradable que deleite.

Pero el predicador no ha de ser así, sino que de tal manera persuada con razones, que ponga su confianza en Dios para mejor mover los corazones de los oyentes. Y así es, para mover cosa muy importante que sea devoto y dado a la oración, porque así predicará con espíritu y devoción, y le dará Dios retórica celestial en que convierta las ánimas³⁶.

Nótese que al referirse a la función deleitosa, el autor insiste en el orden y limpieza del sermón así como en el peso de las autoridades bíblicas. Naturalmente esto no hace nada más que corroborar la significación que la oratoria sacra otorgaba a la formación de los predicadores de cara a que éstos pudieran cumplir adecuadamente esa función de «pieza de artillería» que les atribuía San Francisco de Borja:

Imagínese el predicador que él no es otra cosa sino una pieza de artillería, con que Dios quiere batir y derribar los soberbios muros de Babilonia; y que él, de su parte, no es sino un pelmazo de hierro o de bronce pesado y frío, y un poco de pólvora sucia y negra y de mal olor, y aparejada para tiznar y afear a los que tocare, y que para bien hacer su efecto, es menester que

³⁶ Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 122, 133 y 137.

se le aplique el fuego del divino Espíritu, que le encienda como encendió en su venida el día de Pentecostés los corazones de los apóstoles, con las lenguas de fuego³⁷.

«Derribar los soberbios muros de Babilonia» requería, aparte de la predisposición natural y de la gracia divina del predicador, el estudio. Fray Agustín Salucio afirmaba al respecto que «sería temeridad subirse al púlpito sin haber, y muy bien, estudiado»³⁸. Martín de la Naja lo refiere expresamente del padre Jerónimo López, del que afirma que, «antes de subir al púlpito, se armava y prevenía ... con el estudio y meditación de la Sagrada Escritura, que es la ciencia de los Santos que alumbra y enseña a obrar y a predicar bien y no incha ni envanece». El jesuita leía intensamente la Sagrada Escritura, a cuyo estudio se entregó «con grande aplicación y continuación», de forma que aquella era como «el jardín de donde cogía esta solícita abeja el rocío de las flores para fabricar los panales de sus sermones». En estos «declarava muy de asiento los lugares de la Sagrada Escritura que azían al intento de la materia que tratava»; en tanto que de los «escritores profanos se valía de passo y de corrida, con mucha moderación, tomando solamente lo necesario para avivar y despertar el gusto estragado de los que oyen»³⁹. Diego de Estella adujo que el predicador debía «tener estudio, ciencia y letra», siendo obligación suya la de revolver muchos libros, extrañándose de cuantos pretendían ejercer «tan alto oficio» sin la preparación adecuada:

No puedo dejar de tener enojo con algunos que dicen que el predicador no ha de tener libros y [se] escandalizan y murmuran cuando ven arcas llenas de libros. Como si el oficio del predicador fuese más bajo que el de herrero, o carpintero y otros oficiales mecánicos, los cuales tienen cargas de herramientas. ¿Y quieren que el predicador no tenga libros, siendo los instrumentos y herramientas de su oficio? Pues el que ha de ejercitar tan alto oficio, menester es que sepa. Y no puede saber si no estudiando y trabajando y estando de noche y día sobre los libros, con los cuales ha de tener el predicador mucha amistad, y poca, o ninguna con las calles y plazas y negocios de fuera⁴⁰.

³⁷ San Francisco de BORJA, *Tratado breve del modo de predicar el Santo Evangelio*, 453.

³⁸ Fray Agustín SALUCIO, O. P., *Avisos para los predicadores del Santo Evangelio*, 133.

³⁹ Martín de la NAJA, *El misionero perfecto*, 89-90.

⁴⁰ Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 17.

Detrás de cada predicador y, en especial, de aquellos con más fama y autoridad, estaban los libros. Diego de Estella los consideraba «instrumentos y herramientas» del oficio; mientras que Francisco de Vitoria puso mucho énfasis en el orden de las lecturas para que éstas no fueran «peregrinas» sino acordes a los temas desarrollados en los sermones⁴¹. El eje lo constituían las Sagradas Escrituras, cuya referencia y cita debía integrarse en el desarrollo del sermón:

Así hará el predicador: primero elegirá el sagrado texto, el argumento y la materia de la doctrina y qué es lo que dicen acerca de esto los santos, y meditará su evangelio, y después lo hermoseará con la orden y distinción, disponiendo cada cosa en su lugar, perfeccionando las partes hasta que el entendimiento quede satisfecho. Tenga para esto lugares comunes, con abundancia y riqueza de sentencias, autoridades, razones, metáforas, figuras de la divina Escritura, ejemplos, historias, similitudes. Pero vaya con advertencia de no asentar en una silla lo que no cuadra allí⁴².

Naturalmente, no se trataba de una lectura indiscriminada sino basada en el buen juicio que el fraile debía mostrar con el fin de «escoger y elegir de los libros que lee y saber echar mano de lo bueno»⁴³. Así, ocupándose del *modus predicandi* de Jerónimo López, su biógrafo alaba las bondades de los buenos libros comparándolas con la miel más excelsa:

quanto más buenas fueren las flores de que se valen las abejas para la fábrica de sus panales tanto más escogida y dulce será la miel; y assí como el que maneja aromas olorosas siempre se le pega algo del buen olor, assi al que estudia en buenos libros siempre se le pega algo del buen espíritu de sus autores⁴⁴.

Sus lecturas coinciden con el orden de las mismas que se fija en las instrucciones de predicadores, componiendo así una *biblioteca ideal* encabezada siempre por las Sagradas Escrituras, que, al decir de fray Agustín Salucio, debían «saberse de coro»⁴⁵. Tras esta, la «teología que llaman especulativa, en la cual

⁴¹ Laureano ROBLES, «Preceptos de que se debe ayudar un buen predicador». Texto inédito de Vitoria, in *Teología espiritual*, XIX, 55 (1975), 123-129.

⁴² San Francisco de BORJA, *Tratado breve del modo de predicar el Santo Evangelio*, 448.

⁴³ Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 19.

⁴⁴ Martín de la NAJA, *El misionero perfecto*, 92-93.

⁴⁵ Fray Agustín SALUCIO (O. P.), *Avisos para los predicadores del Santo Evangelio*, 170.

se cumple que el predicador sea tan docto sino como los que han de leer en la cátedras a sustentar en distintas disputas públicas»; los textos de la Patrística; la historia, «por ser forzosa la noticia que se ha de tener de ella»; las demás humanidades; e incluso las ciencias matemáticas, como la aritmética, la geometría y la cosmografía, pues «no es cosa sufrible tener ignorancia, porque depende de esas artes, en muchas partes, la noticia de la Sagrada Escritura»⁴⁶. Si este es el canon establecido en el *Aviso para los predicadores* de fray Agustín Salucio, no muy distinto era el que propuso Diego de Estella, quien se detiene más en considerar el valor de los libros y el aprovechamiento que podían proporcionar en cada caso. El protagonismo conferido a la lectura de las Sagradas Escrituras se explica más por cuanto el predicador debía ser un intérprete fiel de las mismas, estando obligado a leer diariamente algún capítulo de ellas⁴⁷.

Dentro de esa variedad de lecturas, algunos tratadistas incidieron en que cada predicador tuviera algunos autores favoritos a los que recurrir con mayor asiduidad. Diego de Estella menciona expresamente a Tomás de Aquino para la teología y a Juan Crisóstomo por sus cualidades de predicador. Hablando de las lecturas del padre Jerónimo López, Martín de la Naja señala que «los dos polos sobre los cuales se rebuelve toda la máquina del Cielo de la predicación evangélica son los dos Testamentos». Las Escrituras, prosigue, «el aljaba de donde an de sacar las saetas agudas para erir y penetrar los corazones; ellas son la oficina y el taller en que an de azer su obra y trabajar y fabricar sus Sermones los Predicadores que desean cumplir con las obligaciones de tan alto y sagrado oficio». Frente a la búsqueda de la doctrina en «los manantiales y fuentes puras, seguras y saludables de las Sagradas Escrituras», observa que algunos predicadores «la van a buscar a los arroyos turbios y llenos de cieno de algunos sermonarios o cartapacios, escritores romancistas, llenos de conceptos vanos y desaprovechados».⁴⁸

⁴⁶ Fray Agustín SALUCIO (O. P.), *Avisos para los predicadores del Santo Evangelio*, 135, 140-142, 145-148.

⁴⁷ Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 69. Respecto a la formación de los predicadores y el elenco ideal de sus lecturas, véase Manuel AMBROSIO SÁNCHEZ, *La biblioteca del predicador (en el siglo XVI): renovación y continuidad*, in *El escrito en el Siglo de Oro. Prácticas y representaciones* (Pedro M. Cátedra, Augustin Redondo & María Luisa López-Vidriero, dirs.; Javier Guijarro Ceballos, ed.), Salamanca, 1999 (El libro antiguo español; 5), 289-304; y Federico PALOMO, *Algo más que la divina gracia. La cultura literaria de los misioneros de interior jesuitas en la Península Ibérica (siglos XVII-XVIII)*, in *La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América* (Pedro M. Cátedra & María Luisa López-Vidriero, dirs.; María Isabel de Páiz Hernández, ed.), II, Salamanca, 2004, 113-131.

⁴⁸ Martín de la NAJA, *El misionero perfecto*, 89-90.

Tanta atención a los libros se corresponde con un tiempo acotado para ello. Terrones del Caño menciona así el período que va de la Pascua a octubre como el más apropiado para ir leyendo y reuniendo el material con que luego preparar los sermones. Fray Agustín Salucio recomendaba a los jóvenes predicadores que tuvieran el oído siempre atento y la pluma en mano dispuesta a tomar las notas pertinentes:

cuando algo bueno hallo leyendo o me ocurre pensando o escuchando lo que saben o dicen otros, escríbolo luego lo mejor que puedo, y si se me ofrece el propósito para que me puede aprovechar también lo escribo; si no se me ofrece, en una palabra digo que es aquello que allá está anotado, como oración, limosna, ayuno, eucaristía, etc.⁴⁹

El resultado práctico de todo ello era un cuaderno de notas o de lugares comunes que podía adoptar distintas formas y modos de organización⁵⁰. Fray Agustín Salucio señala el nexo que se establece entre las notas desprendidas de las lecturas o de lo que se ha oído a otras personas, el asunto al que las mismas conciernen o pueden concernir de cara al sermón y la situación específica en que podían ser empleadas. Aunque en ámbitos distintos se trataba de una vinculación entre la lectura, la oralidad y la escritura muy similar a la mostrada por otros estudiosos y eruditos del período. Volviendo al cuaderno de fray Agustín, veamos cuál es la descripción que nos hace del mismo:

Escribo en cuadernos que hago de medio pliegos de cartas; y en la plana postrera escribo los dichos sumarios y la hoja; y, como muchas veces revuelvo aquellos memoriales -porque no tento por entonces otra cosa que hacer de más importancia o porque busco algo-, lo que una vez no se me ofrece, se me ofrece otra. Y así, aunque cuando escribí no estaba cierto para qué evangelio o sermón me vendría a cuenta, después mirando lo hallo que será para tal o cuál sermón a propósito, o este año o el que siguiere [...] Y no se me pierde nada de cuanto bueno leo, o de lo que oigo.

⁴⁹ Fray Agustín SALUCIO, O. P., *Avisos para los predicadores del Santo Evangelio*, 164-165.

⁵⁰ Ann BLAIR, *Bibliothèques portables: les recueils de lieux communs dans la Renaissance tardive*, in *Le pouvoir des bibliothèques. La mémoire des livres en Occident* (M. Baratin & Christian Jacobs, dirs.), Paris, 1996, 84-106; y Jean-Marc CHATELAIN, *Les recueils d'Adversaria aux XVI^e et XVIII^e siècles: des pratiques de la lecture savante au style de l'érudition*, in *Le livre et l'historien. Études offertes en l'honneur du Professeur Henri-Jean Martin*, Genève, 1997, 169-186.

A renglón seguido concluye reprobándose no haber seguido ese procedimiento en otras circunstancias:

Y si siendo mozo no fiara tanto a mi memoria -juzgando que lo que una vez me asentaba no se caería-, y encomendara a mi pluma, como ahora hago, lo que a ella confiaba, yo me hallaría algo menos pobre de lo que me hallo y no fueran mis sermones tan estériles de buena doctrina. Bien leído que es la memoria la potencia con quien primero la vejez se encuentra⁵¹.

Dichas apreciaciones reflejan ese estrecho vínculo entre la lectura y la escritura tan característico del leer intensivo y meditado, concentrado sobre los textos⁵². Para ello era conveniente mantener una práctica continua y no restringida al momento previo a cada predicación. A este respecto, Terrones del Caño sostenía que quien «quisiere hallar cosas buenas para enriquezer su sermón» no tenía que esperar a que se lo encargaran, «porque con la apretura de tiempo abrá de tomar lo que hallare», sino que debía estar con la alforja preparada. De ese modo, quien estuviese prevenido con tal diligencia, «quando le encargan el sermón, se hallará muy descansado y tendrá poco que hazer»⁵³. A su vez, fray Tomás de Llamazares hizo notar que la lectura no debía efectuarse a la ligera ni de forma fragmentaria, sino muy aplicada al conjunto de la obra:

No se estudie la Sagrada Escritura salteada sino todo un libro entero arreo como digamos el Génesis por dos o tres autores los mejores y tras aquel otro sin cessar con la pluma siempre en la mano señalando a la margen los buenos bocados para reducirlos a lugares comunes o Evangelios⁵⁴.

Leer con la pluma en la mano y el cartapacio al lado era una indicación común a casi todos los autores de la retórica sagrada. Diego de Estella recomendaba que se dispusiera de un cuaderno alfabético y que se leyeran «los Doctores con la pluma en la mano, sacando lo bueno de ellos, y poniéndolos en sus lugares: lo que toca a avaricia, a la palabra *avaricia*, y lo que toca a soberbia, en la palabra

⁵¹ Fray Agustín SALUCIO, O. P., *Avisos para los predicadores del Santo Evangelio*, 164-165.

⁵² Respecto a esta modalidad de lectura, véase Antonio CASTILLO GÓMEZ, «No pasando por ello como gato sobre brasas». *Leer y anotar en la España del Siglo de Oro*, in *Leituras. Revista da Biblioteca Nacional*, série 3ª, 9-10 (2001-2002), 99-121; y Carmen PERAITA, *Marginalizing Quevedo: Reading Notes and the Humanistic Persona*, in *Variants*, 2-3 (2004), 37-60.

⁵³ Francisco TERRONES DEL CAÑO, *Instrucción de predicadores*, 179 y 181.

⁵⁴ Fray Tomás de LLAMAZARES, *Instrucción de predicadores*, Burgos, Herederos de Juan de Viar, 1688, 5.

soberbia»; aparte de disponer de «otro códice de los evangelios del año, donde puedes apuntar lo que hallares, hurtando de los libros y aplicando sus lugares a tu propósito»⁵⁵. Por su parte fray Tomás de Llamazares recuerda, como también lo hizo Francisco Terrones del Caño, que desde la Pascua a Octubre, tiempo de escasa predicación, se notara y apuntara «por lugares comunes lo provechoso y curioso», «leyendo Santos y reduciendo a cartapacios todos los Evangelios del año». Eso lo podía hacer distribuyendo el papel en orden a los Evangelios y dejando un pliego en blanco para los puntos de cada Sermón, o bien por medio de «libros blancos por A. B. C., dando a cada letra materias a propósito». Según él, ambos eran dos buenos modos de proceder, con la particularidad de que el primero «ata las cosas al Evangelio que se acomoda al principio, y no quedan libres para otro»; mientras que el otro resultaba más práctico: «Los segundos tienen nuevo trabajo al aplicarlas después y son algo comuneros». Recomienda, además, que se lea despacio, apuntando en un borrador las cuestiones importantes para luego juntar lo extraído de los libros «con lo engendrado en la imaginación sin ellos», antes de disponerlo todo por capítulos en un borrador. Añade, en fin, que en cada capítulo se indique «su consideración o discurso y allí los autores o libro que vio hablar bien de aquello»:

Hecho esto se ponga el Evangelio delante y por el orden de sus cláusulas se pongan números o letras del A. B. C. a los discursos o consideraciones del pepelejo, para que estén puestas en el orden del Evangelio. Díctese luego al Escribiente (si puede averse) que por mano propia parece muy servil y discurrese mejor holgndo y mientras se escribe se busca en los libros. Assí estén hechos antes de predicar dos meses; porque en Cuaresma harto se haze en estudiar lo escrito y acordarse de lo estudiado y perfeccionarlo para el Auditorio donde se predica; además que lo que se escribe luego agrada y mirado de allí a un mes descubre faltas dignas de remedio⁵⁶.

Obviamente, los cuadernos de lugares comunes no eran textos cerrados, sino que debían actualizarse constantemente al hilo de las lecturas y relecturas del predicador. Diego de Estella aconsejaba leer con esmero atendiendo a lo que se pudiera aprovechar de ello y una vez hallado, «mire en su cartapacio los lugares comunes que tiene notados contra algún vicio o loor de alguna virtud, conforme a la materia que quiere tratar, para henchir aquel lugar casando doctrina, Escritura y

⁵⁵ Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 19.

⁵⁶ Fray Tomás de LLAMAZARES, *Instrucción de predicadores*, 6-8.

comparaciones del código alfabético». Otro tanto se podía hacer con las lecturas de la Biblia. Dicho cartapacio, con su tabla alfabética, debía referirse a las virtudes, vicios y demás materias de la predicación, al objeto de ir poniendo cada autoridad en el correspondiente lugar de la tabla⁵⁷. Con todo ello se componía excerta o florilegios basados en las anotaciones levantadas al hilo de las lecturas:

Todo lo que, en ambas lecturas, se presentaba digno de ser notado, yo lo copiaba al pie de la letra para ponerlo posteriormente en su lugar en el fichero de lugares comunes y para, de esta forma, encontrar la cita con más facilidad, cuando fuera necesario⁵⁸.

Indiscutiblemente la utilidad de esos apuntes dependía mucho del orden en que se hubieran recogido y de la sistematización asignada a los cartapacios. El fichero en cuestión no era otra cosa que un grueso manuscrito en folio de uso normalmente restringido a no ser que alcanzara entidad tipográfica, como ocurrió con el tratado de fray Luis de Granada. La dedicatoria de su *Silva locorum* incide particularmente en la finalidad utilitaria de dichos índices, pensados para escribir los sermones y adornarlos o nutrirlos con citas selectas. Dados a la imprenta, podían servir para el oficio de otros predicadores, lo mismo que distintos tesauros o repertorios de autoridades y lugares comunes. Uno de los principales fue el *Thesauri concionatorum* (Barcelona, 1579), compilado por fray Tomás de Trujillo, integrado por un amplio catálogo de *loci* de las Sagradas Escrituras debidamente explicados y relacionados con las distintas fases del calendario litúrgico y las respectivas celebraciones⁵⁹. Aún así tampoco faltaron los predicadores que se aprovecharon del trabajo de otros y se valieron de las copias manuscritas. Según expuso fray Hernando de Santiago en el prólogo de su obra, la alta estima que tenían sus palabras tanto en las «cortes de su sanctidad y de su Majestad, quanto en las más insignes universidades de España y Italia, y en las mayores ciudades de ambas partes» así como la circulación manuscrita de sus sermones, fueron las razones que le llevaron a publicarlos:

⁵⁷ Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 48 y 69.

⁵⁸ Fray Luis de GRANADA, *Silva locorum*, Salamanca, Matías Guast, 1585, Dedicatoria al inquisidor de Toledo, Antonio Zapata Mendoza. Jean CROIZAT-VIALLET, *Cómo se escribían los sermones en el Siglo de Oro*, 105.

⁵⁹ Samuele GIOMBI, *Sacra eloquenza: percorsi di studio e pratiche di lettura*, in *Libri, biblioteche e cultura nell'Italia del Cinque e Seicento* (Edoardo Barbieri & Danilo Zardin, eds.), Milán, 2002, 137-143.

A esta duda se ha contrapuesto el aver hallado muchos de mis trabajos cogidos del púlpito y passados por diversas manos, que crecen en las unas y menguan en las otras y pocas vezes a favor de quien los sudó, y a otros papeles he visto puesto mi nombre que como ay tratos que tratan en esta mercadería paréceles que con el berbete o marca de oficial conocido pueden vender por fin a la de mal obraje y por reformar lo que anda mal escrito he consentido que la fidelidad de la impresión de testimonio de mis originales, en la misma lengua que yo los he predicado⁶⁰.

La predicación, en suma, constituía un espacio de constante interacción entre la escritura y la lectura. El objetivo final no era otro que dar un buen sermón, teniendo en cuenta que «bien predicar, si propiamente y de verdad hablamos, no está en dar gusto, ni doctrina, ni en declarar alguna cosa oscura, ni en probar ser verdad, ni en persuadirla; sino en aprovechar a la salud espiritual en la palabra divina y doctrina del Evangelio»⁶¹. Se sumaba a ello un ejercicio ordenado y serio de la lectura, donde tanto había que atender la materia de los libros leídos como el aprovechamiento alcanzado de ellos. Cierro con unas palabras de Diego de Estella donde tales consideraciones quedan bien claras:

Dos cosas has de tener si te quieres aprovechar de los libros que lees. Una es tener elección para saber escoger y echar mano de lo bueno. La otra es saber aplicar aquello a sus propios lugares, y que venga muy a pelo y a buen propósito, de manera que venga nacido. Para quien sabe hacer estas dos cosas no hay libro malo [...] Y para concluir con esto: ningún libro es tan bueno, donde el predicador no es menester que ponga algo de su casa; ni hay alguno tan malo, que el buen ingenio no se pueda aprovechar de él mudando el estilo⁶².

El buen predicador, por tanto, estaba ligado a los libros y éstos formaban parte de su taller; pero ciertamente la sagrada elocuencia sólo fue cultivada por una elite de predicadores⁶³. Otros muchos, carentes de la ejemplaridad y preparación

⁶⁰ Fray Hernando de SANTIAGO, *Consideraciones sobre todos los Evangelios de los domingos y ferias de la Cuaresma*. Prólogo. Manuel PEÑA DÍAZ, *Normas y transgresiones. La cultura escrita en el Siglo de Oro*, in *Grafiás del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)* (Carlos Alberto González Sánchez & Enriqueta Vila Vilar, comps.), México, 2003, 134.

⁶¹ Fray Agustín SALUCIO, O. P., *Avisos para los predicadores del Santo Evangelio*, 129-130.

⁶² Fray Diego de ESTELLA, *Modo de predicar*, 45-46.

⁶³ Perla CHINCHILLA, *Sobre la retórica sacra en la era barroca*, in *Estudios de Historia Novohispana*, 29 (2003), 97.

necesarias, siguieron otros caminos menos letrados y muy a menudo encontraron su principal aliado en los sermonarios impresos, de donde copiaron citas y ejemplos. Por esta razón, en 1577 la Inquisición optó por prohibir la impresión de tales obras, al mismo tiempo que creció en importancia la publicación de textos doctrinales y retóricos encaminados a paliar esas deficiencias.

Antonio Castillo Gómez

Abstract:

In this article I want to study the baroque sermon in its relation with writing and reading. Although the last result was, fundamentally, an oral and gestual event, at the time of writing the sermons the sacred oratory manuals recommended that people followed different guidelines. Also the manuals insisted in the formation and the study of the preachers on proposing a reading activity based in a certain canon of books presided by the Sacred Scriptures and in a practice of reading associated to the writing whose principle was the common places notebook. The writing and reading were thus essential tools in the factory of the good preacher and were necessary for the sermon was able to teach, to delight and to persuade the faithfuls.